

U M I

*A Rufi Rodríguez Abeillez*

El murmullo verdereba por los galillos. Que el hijo de Trinidad se prensaba los fondillos hasta asfixiar el nalgatorío. Que era ave rarísima asentando vacación en mar y tierra. Que el domingo se lo ponía aunque fuera lunes y martes. Y que el chaleco lo lucía de tréboles con vivo de encajillo. De las bocas comenzó a salir, en altribajos, el decir colorado, pimentoso, maldiciente.

— ¡Jum!

En cada recodo, en cada alero, en las alacenas, en los portales, en los anafres, en los gantos.

— ¡Jum!

Por las madrugadas, por los amaneceres, por las mañanas, por los mediodías, por las tardes, por los atardeceres, por las noches y las medianoches.

— ¡Jum!

Los hombres, ya seguros del relajo, lo esperaban por el cocal para aporrearlo a voces.

— ¡Paito!

— ¡Pateto!

— ¡Patuleco!

— ¡Local!  
— ¡Loqueta!  
— ¡Manicastro!  
— ¡Maniquita!  
Las mujeres alfojaban la risita por entre la  
piorrea y repetían, quedito.

— ¡Madamo!  
— ¡Mujercita!

Hasta el eco casquivano desnudó su voz por  
el río con un immenso jii uuu mmm. El hijo de Tri-  
nidad, cansado de la chacota, se encerró en su ca-  
sucha a vivir a medias.

El sueño se alternaba de niña a niña hasta  
que el sol daba el campanazo. Entonces, otra vez  
las voces.

— ¡Que se perfuma con Com Tu Mí!  
— ¡Que se pone carbón en las cejas!  
— ¡Que es mariquita festeral!  
— ¡Que los negros son muy machos!  
— ¡Y no están con ñeñeñés!

La Ochoteo, que le daba la fiambrera, le  
mandó un papedito diciéndole que estaba enferma  
y que no cocinaba más. Perdolesia le trajo las ca-  
misas planchadas y se quejó de la reuma. No se lle-  
vó las sucias. Lulo el barbero le dijo que no le to-  
caba el pasurín. Y Eneas Cruz compró alambre  
dulce para marcar la colindancia.

El hijo de Trinidad se quedó largo rato con  
el coco en el limbo. Luego, escondió el rostro en el  
hombro derecho. Así, callandito, callandito, llo-  
ró. El hijo de Trinidad decidió irse del pueblo.

El murmuero florecía por los galillos. Que el  
hijo de Trinidad se marchaba porque despreciaba

los negros. Que se iba a fester con los blancos por-  
que era un pelafustán. Y que se había puesto flaa-  
coco para tener el talle de avispa. En cada esquina,  
los hombres se vestirían la lengua con navajas.

— ¡Que el hijo de Trinidad es negro reblan-  
quiaol!

— ¡Que el hijo de Trinidad es negro acasi-  
naol!

— ¡Que el hijo de Trinidad es negro almido-  
naol!

Las mujeres, entre amén y amén, sacaban el  
minuto para susurrar.

— ¡Mal ejemplo!  
— ¡Indecente!  
— ¡Puercol!  
— ¡Que es un cochino!  
— ¡Que es dos cochinos!  
— ¡Que es tres cochinos!

El hijo de Trinidad ni prendía el fogón para  
no molestar. De sol a luna bajo el mismo techo.  
De sol a luna como muerto en la tumba. De sol  
a luna como monja en el claustro. De sol a luna  
desgarrando cicatrices. Así, hasta el día pasado.

El murmuero daba cosecha abundante. Que  
se iba de noche para no decir adiós. Que se fugaba  
con un fulano cochambroso. Que escupía el re-  
cuerdo de los negros. Los hombres se apostaron  
alrededor de la casa.

— ¡Rabisalsero!  
— ¡Quisquilloso!  
— ¡Fantoche!  
— ¡Mimoso!

Las mujeres trajnararon con latas de café y cu-

charadas de insultos.

- ¡Ponzoñoso!
- ¡Remilgado!
- ¡Blandengue!
- ¡Melindroso!
- ¡Añoño!

El hijo de Trinidad esperó que fuera bien noche y salió con un lío en la mano: el traje de hilo, el petrolatum, el polvo *Sueño de mayo*, la esencia *Come To Me*, la peinilla, la sortija. No bien hubo dado tres pasos se le vino encima una sombra y le asestó la palabra.

— ¡Malamañoso!

Al levantar la vista vio dos sombras flacas que le impedían el paso.

- ¡Mariquita!
- ¡Fiestera!

Luego, a la izquierda dos —negrito presumió— y dos más a la derecha —negrito relamió—. Se detuvo. El corazón, pum pum. Por la noche se escucharían las sombras. Por los recodos, por los aleros, por los portales. Más, más, más sombras hasta borrar toda luz, dejando la noche sin arrullo ni estrellas, horrible noche lampiña.

Lo empujaron. Los dedos de una mano. Suapo el sabor de la tierra. La risa desgajó las quijadas de la comarca. El murmuréo era dardo y lanza.

- ¡Jondéate pal infierno!
  - ¡Que no vuelva!
  - ¡Ni vivo ni muerto!
- Las mujeres hacían el coro chillón.
- ¡Que no vuelva!

— ¡Que no vuelva!

— ¡Que no vuelva!

Pudo levantarse. Virojeó para cada lado. Las sombras se multiplicaron como huevas de lagartija. De una, dos y de dos, cien. Signió.

— ¡Ajoatarte los perros!

La voz subió ronca y fue a explotar, justamente, en sus oídos. Lo esperaron. Satos samosos, satos tucos, satos cojos, satos con el guan en el hocico, en el lomo, en las patas. La jauría lo empujaba trecho abajo. Era una procesión. El y los satos. Después, el pueblo. O mejor, el pueblo, después él, después los satos y al final, otra vez y siempre, el pueblo. Más sangre, más dolor, más risa, más voces, más sombras, más sombras negras de negros, más caras negras de negros, más lenguas negras de negros.

- ¡Que no vuelva!
- ¡Que no vuelva!
- ¡Que no vuelva!

El hijo de Trinidad se retorció como un garabato.

- ¡Que no vuelva!
  - ¡Que no vuelva!
  - ¡Que no vuelva!
- Extendidos los brazos como cruces.
- ¡Que no vuelva!
  - ¡Que no vuelva!
  - ¡Que no vuelva!
- La sangre calentando por la carne.
- ¡Mariquita fiestera!
- El dolor abierto en la noche sin ojos.

— ¡El hijo de Trinidad  
de la pasa estrá  
es marica na más!

Llegó al río.

— ¡Mariquital!

— ¡Mariquital!

— ¡Mariquital!

El agua era fría y la sangre era caliente.

— ¡Cochino!

— ¡Marrano!

— ¡Cochino!

Los satos asquerosos se quedaron en la orilla.

Las sombras también. Y las voces hirientes.

— ¡Mariquitafesteramariquitafesteramariqui-  
tafesteral!

Las mujeres todas. Los hombres todos.

— ¡Que no vuelva!

— ¡Que no vuelva!

La sangre y el agua se gustaron. Menos voces,

que, menos guano, no, menos sombras, vuelva. El

agua era tibia, más tibia, más tibia. Las voces débi-

les, más débiles, más débiles. El agua hizo glu.

Entonces, que no vuelva, que no vuelva, que no

vuelva, el hijo de Trinidad

glu...

que

glu...

no

glu...

vuelva

glu...

se

glu...

hundió.